

56
7480
e. R.

Cordelia

Volumen 1

Noviembre 1912

Número 4

Publicación mensual
dedicada á la mujer costarricense

Director,
José-Fabio Garnier

MARÍA LUISA ISABEL VIGÉE-LEBRUN, nacida en 1755 y muerta en 1842, dedicó las energías de su cerebro privilegiado al hermoso arte de los colores. Siguiendo el ejemplo de su padre, aceptando los consejos del célebre José Vernet y siendo animada por cuantos la conocieron, desde muy joven hizo retratos que le concedieron puesto envidiable entre los pintores franceses de su época. De ella se conservan telas en casi todos los museos de Europa, pues viajó durante trece años por Italia, Inglaterra, Austria y Rusia, dejando en los lugares en donde residía muy buenos recuerdos de arte y de cariño. Sus cuadros más conocidos son los retratos propios, uno de los cuales es el que publicamos en el presente número de CORDELIA.



LUISA VIGÉE-LEBRUN

CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

SUMARIO DEL TERCER NÚMERO

JORGE SAND (con retrato) . . .	<i>La Dirección</i>
LA EDUCACIÓN DE LA MUJER . . .	<i>Angela Acuña</i>
DOS CORONAS	<i>Elena de Montenegro</i>
MUJERES IDEALES: ISABEL	<i>La Dirección</i>
LAS LÁGRIMAS DE ZEZÉ	<i>Emilia Bandeira</i>
TRES POESÍAS	<i>Ada Negri</i>
LA BELLEZA FEMENINA	<i>Maria Plattis</i>
CONFIDENCIAL	<i>Amalia Puga</i>
MANOJO DE VIOLETAS	<i>Varias</i>

SUMARIO DEL CUARTO NÚMERO

L. VIGÉE-LEBRUN (con retrato) . . .	<i>La Dirección</i>
CONFERENCIA	<i>Angela Acuña</i>
NAVIDAD	<i>Maria Sabbia</i>
LA MÁS DICHOSA	<i>Carmen Karr</i>
PASTORAL	<i>Emma Calderón</i>
MUJERES IDEALES: HILDA	<i>La Dirección</i>
MI OPINIÓN	<i>La hija del Caribe</i>

Conferencia

SEÑORES:

Gracias a la cultura que nuestra sociedad ha alcanzado en el dominio de las ideas, y al espíritu benévolo de las damas y caballeros que tienen la bondad de escucharme, no he vacilado en aceptar la galante invitación que se me hizo para disertar esta noche ante auditorio tan distinguido, adoptando como tema de mi discurso un asunto que en tiempos menos esclarecidos que los actuales, se hubiera tenido por extravagante, cuando no por inconveniente y audaz.

Voy a hablar, señores, del papel que a la mujer corresponderá desempeñar en la sociedad moderna, como elemento activo de ella; papel mucho más amplio que el que se le asignó durante los pasados siglos por el concepto estrecho que se tenía de su misión humana, y que la civilización de los tiempos ha rectificado, dando entrada en el palenque donde se debaten los intereses sociales, a la clara luz que puede aportar a ellos el alma femenina.

De las cenizas de las viejas ideas surgen las ideas nuevas, modifica-

da su esencia anterior por los elementos que van entrando en su evolución progresiva. Por eso tengo el convencimiento de que ante la juventud de nuestro sexo se abre un vasto campo, que le invita a las labores del espíritu; en pos de nuestros entusiasmos juveniles, vendrá la reacción igualitaria que aguarda hace mucho tiempo nuestra condición de seres pensantes, dotados como el hombre de un corazón y de un cerebro. Los viejos fundamentos sociales, las antiguas preocupaciones se desmoronan, y será caduco todo aquello que no se conforme con las tendencias de la civilización moderna.

La juventud de hoy prepara el terreno y riega la simiente; la de mañana cosechará el fruto. A mí no me será dado probablemente, alcanzar esos tiempos felices; pero, ¿qué importa!: la campaña por el derecho social de la mujer, que iguala su destino humano al del hombre, está iniciada vigorosamente en los grandes centros intelectuales, y es para mí de gran regocijo la certidumbre que tengo de que el triunfo final dará la justicia debida a nuestro sexo.

En nuestras manos está hoy el hilo de oro que ha de servirnos para guiar nuestros pasos; nada podemos temer en la nueva ruta que la civilización abre ante nosotras, puesto que no dejaremos abandonados los peculiares deberes que la naturaleza nos impone, sino que marcharemos con ellos a recoger otros nuevos que la civilización nos apareja, como seres que llevamos también en nuestra alma el soplo divino de que nos habla la maravillosa narración del Génesis, y que nos iguala al hombre para todos los fines del destino humano.

El espíritu moderno no es fabricación de un día: es el resultado de una inmensa labor; es la condensación de lo mejor que ha podido hacer la humanidad a través de muchos siglos, y lo que venga no se deberá sino a un progreso lento y natural.

El espíritu moderno es voz de protesta contra los obstáculos que le opuso el espíritu conservador. Aquel es para nosotras fuerza que crece de poder en poder; que irradia a través de los corazones; que ilumina y sorprende las conciencias.

La mujer, en la campaña intelectual que está llevando a cabo, no hace más que proclamar los derechos que de la naturaleza ha recibido; invocar la justicia para formar con el hombre la cadena poderosísima de solidaridad, de confianza mutua y de verdadero cariño.

Ella, por mucho tiempo, ha sentido nostalgias de aire libre y de independencia, como la sienten los pobres pajaritos encerrados en estrechas jaulas de hierro. Hablo de la independencia del espíritu, por el cultivo de las facultades mentales, y del concurso que la mujer haya de prestar al régimen social,

como miembro activo de la colectividad humana.

Que no entre en las luchas ardientes de la calle; porque su puesto está en el estrado excelso del hogar; pero que lleve fuera de él las luces de su inteligencia a las Asambleas donde se debate el porvenir de las generaciones, y se le dé en ellas el lugar que le corresponde, y del cual se le ha excluido hasta hoy por preocupaciones que constituyeron precepto y norma de los siglos pasados, y que en el actual van siendo relegadas al más completo descrédito.

En las actuales juventudes femenina y masculina no deben existir sentimientos o escrúpulos que tiendan a oprimir o limitar la libertad de la mujer y su ingerencia social en el sentido que dejo dicho.

Ella tiene sus derechos para defender con ardor aquellas leyes que vayan en contra del progreso continuo de la humanidad, como miembro importante del conjunto social; y no está lejano el día en que, si no hemos sabido aprovechar el tiempo, tendremos que enrojecer avergonzadas y arrepentidas de permanecer como meros objetos de adorno en la pasividad a que se nos condene por desconocimiento de las altas facultades de nuestro espíritu.

Es indudable que el mundo marcha y que se nos prepara una aurora de inteligencia, de cultura y de libertad.

La mujer, después de un completo desarrollo de su inteligencia y de su carácter, sabrá hacerse útil, no solo a su hogar, en donde debe ser ídolo y reina, sino a sus amigos, a su patria, a la humanidad entera. No se podrá prescindir de su concurso intelectual. El día que haya logrado este fin, habrá resuelto el problema de su vida y de su destino,

y derribado las barreras que las generaciones todas habían levantado para encerrarla en un círculo estrecho, que los egoísmos actuales llaman pomposamente *santuario del hogar*, y que los griegos designaban con el nombre galante de *gineceo*.

Sin embargo, no se crea que estoy abogando aquí porque se abra campo a la mujer en la arena de las luchas políticas. Dijo hace algún tiempo un pensador europeo, que la civilización venía del norte; y es porque en los países Escandinavos la instrucción popular llega a tal grado que no hay ningún adulto, a menos que no haya nacido con taras de imbecilidad, que no sepa leer y escribir. En aquellos pueblos se ha dado ya a la mujer participación en la vida política, y sin duda a esos adelantos se refería el pensador que he citado; pero al lado de la cuestión *psicológica* está la cuestión *biológica*, que establece diferencias muy grandes en la raza humana según el origen de cada una de ellas y los climas bajo los cuales habitan en la tierra. Quizá las mujeres escandinavas podrán entrar sin peligro en las luchas de la política; pero, dudo mucho, que con nuestro ardiente corazón y con la vivacidad extraordinaria de nuestro cerebro, las mujeres de la raza latina, que vivimos en los trópicos, pudiéramos tomar parte en las luchas de nuestros países, sin dejar en ellas mucho de nuestra dignidad y de nuestro decoro.

Una mujer de nuestra raza, que se entregara de lleno a la vida agitada y odiosa de la política, se alejaría desgraciadamente de cuanto hay en la vida de más noble y elevado. La política, más aún que cualquier otro de los asuntos de la vida, tiene la fatal condición de dividir a

los hombres de tal modo, que hace enemigos irreconciliables a los que fueron, antes, magníficos amigos, y en ningún caso como en ese, puede decirse con el sabio latino: ¡el hombre es el lobo del hombre!

Eso es la política la mayor parte de las veces, y en consecuencia no debemos dejarnos arrebatar por ella, porque rebajaríamos todas las nobles cualidades y los delicados sentimientos que adornan el corazón de la mujer.

Estoy convencida de que si algo en el mundo vale la pena de vivir, es la potencia de concurrir a la felicidad de los otros; y si esta es misión de los hombres en lo general lo es muy especialmente de la mujer, que para ello le dió la Naturaleza la más fina sagacidad del espíritu y la más delicada armonía del corazón.

Nada, pues, para nosotras de aquellas luchas; y en ese campo donde tan fácilmente se mancillan los más esclarecidos caracteres, debemos limitarnos a influir con la luz de nuestra inteligencia sobre el marido, sobre los hijos, sobre los amigos, para que la acción de estos concorra siempre al bien de la humanidad, de la patria y de la sociedad.

Sé muy bien que están todavía en mayoría los espíritus reaccionarios que no conciben a la mujer sino clausurada dentro de las estrechas paredes del hogar. Sé muy bien que muchas de mi sexo piensan de la misma manera, y si no doy la razón a aquellos, si se la doy a éstas. Lo deficiente de la educación femenina hasta ahora, no les ha permitido crearse para ellas ninguno de los ideales, y al que no siente los impulsos extraordinarios del espíritu, no hay para que pedirle que

se desvele por lo que no comprende, ni le seduce. A ellas bastaráles la dulzura, la sencillez de pensamiento y la virtud santa y oscura, cualidades que estima en alto grado el espíritu moderno.

También merecen admiración las que consagran su vida a apacentar su alma, de meros ideales religiosos. Esa fé nos conmueve a veces, cuando es ardiente y sincera, porque sabemos que quienes la poseen, harán siempre algo bueno, en la medida de su capacidad y con el fervor de su fé.

Ya veis, pues, señores, que quiero el bien, y eso es lo que vengo a proclamar. Así cuando pido mayor influjo para la mujer en los asuntos sociales, no es como el reclamo de una vana prerrogativa, que compense la falta de necias y fútiles distracciones, sino como el medio de cumplir ampliamente un deber que Dios y la Naturaleza nos han impuesto en el medio intelectual de que formamos parte.

ANGELA ACUÑA ¹

San José, 27 de octubre de 1912.

Navidad

Son las doce de la noche, y en el amplio firmamento
luce un astro milagroso de mirífico fulgor;
en sus alas transparentes y ligeras trae el viento
como un cántico sublime de la casa de Sión.

Hoy se cumplen las excelsas, inspiradas profesías
que en los montes rocallosos de la gran Jerusalén,
anunciaron a su pueblo los profetas Isaías
y Daniel.

Trasponiendo los confines del Empíreo, en rauda vuelo,
más radiantes que luceros, en magnífica amplitud,
lentamente se despliegan por la senda añil del cielo
los arcángeles envueltos en sus túnicas de luz.

Y una mística y sencilla melodía laudatoria
manifiesta a los pastores que a las puertas de Belén
nació el Justo. Y los pastores glorifican a la gloria
de Israel.

Van los fieles venturosos en feliz peregrinaje;
y Él, el príncipe divino de la casa de David,
ante el mundo que se inclina presentándole homenaje,
de pobreza y mansedumbre se ha querido revestir.

¹ Distinguida señorita costarricense de una cultura amplia como lo demuestra en esta conferencia suya que dictó bajo los auspicios del Ateneo de Costa Rica en el Teatro Variedades.

Humildísimo pesebre es la cuna del infante,
 áureo nimbo lo colora con un brillo sideral,
 y á sus pies, raro prodigio de virtudes, su triunfante
 madre está.

Del Oriente los tres Magos traen incienso, mirra y oro,
 avisados por un astro de mirífico fulgor,
 con un séquito suntuoso, a ofrecerle su tesoro
 han llegado, y se prosternan en humilde adoración.

Fué así como se cumplieron las antiguas profesías
 que, en los montes rocallosos de la gran Jerusalén,
 anunciaron a su pueblo los profetas Isaías
 y Daniel.

MARÍA H. SABBIA Y ORIBE¹

La más dichosa

Así había hablado a sus nietas, la ancianita abuela:

—Es de oloroso cedro mi cofre nupcial, y una llave de oro cincelado guarda en él preciosas joyas y maravillosos encajes tejidos con finísimas sedas. Este tesoro de mis bellos años será de aquella de vosotras que, luego de una romería por las tierras bajas, vuelva a estas cimas la más dichosa.

Y he aquí como una madrugada de mayo, sonriente bajo su corona de luz y en su túnica de suaves gasas rosas y azules, salieron juntas las tres hermanas del viejo caserón de sus antepasados, colgado cual nido de águilas en las alturas de la sierra.

—¿Adónde vais, doncellas, adónde vais?—les preguntaban las bandadas de alondras, que como ellas, bajaban a los sembrados.

—A buscar la dicha,—contestaban las hermanas peregrinas.

María, la mayor, que amaba las blanduras, tomó el camino alfombrado de musgo y de pinocha tostada que bajaba por entre los pinares, rumorosos como el mar. Y así, sus piecitos no sintieron las asperezas del camino.

Maruja, la mediana, emprendió una ruta que conducía al valle, a la sombra de la bóveda espesa que formaban los castaños floridos; y de este modo, su piel de fino raso no sufrió los ardores del sol.

Mariana, la soñadora, la más pequeña de las tres hermanas, una canción de amor en los labios, hundióse entre las lianas de desconocidos senderos, y siguió el curso de los riachuelos que bajaban por entre riberas de madreselvas y ojiacantos, murmurando la fresca canción de las nieves, en las alturas derretidas por el sol de primavera.

¹ Poetisa uruguaya.

Deteníase la niña para descubrir en su escondrijo de hojas una fresa silvestre o una violeta, delatadas por su perfume. Saltaba por los peñascales como una corza enamorada, y refrescaba su morena piel en el agua de las fuentes.

Tendíase a descansar a la sombra de los robles centenarios; y allí, cerrando los ojos con voluptuosidad, escuchaba cantar las aves, señoras de la selva. Luego, emprendía de nuevo la ruta, entrelazando en corona las rosas blancas de las clemátides, adornándose el seno con fragantes lirios, o tejiendo con destreza lindas cestillas de juncos arrancados en los remansos, para llenarlas de moras y frambuesas brillantes como el azabache y los rubíes, y dulces como la miel y perfumadas.

Las arañas, tejiendo sus maravillosos encajes entre las ramas de los arbustos, la tenían como fascinada largos ratos. Y así llegó al valle bien entrada la noche, mucho después que sus hermanas.

Halló a María dormida sobre un blando montón de heno recién cegado. Y como no la dejara junto a ella lugar en el improvisado lecho, ni sintiera tampoco su robusto cuerpo exceso de fatiga, púsose a velar el sueño de su hermana, sentada en el suelo y vuelta hacia la montaña, que empezaba la noche á cubrir de sombras.

Y al través de ellas, Mariana, la soñadora, revivió con singular deleite el recuerdo de tanta poesía como había hallado en sus veredas y en sus arroyos, en sus flores y en el canto de sus aves.

He aquí que al caer de una tarde otoñal, regiamente vestida de púrpuras y oros, aparecieron de nuevo las hermanas delante del viejo case-

rón de sus mayores, colgado cual nido de águilas al flanco de la montaña.

Los rayos del sol poniente doraban las morenas piedras patinadas por los siglos; y brillaban con reflejos auríferos la plateada cabeza de la anciana abuela—que hilaba en el umbral—y el blanco lino de su rueca.

—Dios os guarde, abuela,—dijeron las doncellas,—hénos aquí de vuelta de nuestra romería a las tierras bajas.

María, la mayor, que volvía más sana y más rolliza que cuando dejara las cumbres, tomó la palabra:

—Abuela: yo llegué al valle muerta de sueño, de hambre y de sed. Al pie de la montaña y en un montón de heno pude gozar de un sueño de incomparable dulzura. Al despertar, mis ojos hallaron hermosos frutales que me brindaban sus sabrosas frutas, y más allá frescas fuentes con que apagar mi sed. He recorrido todos los rincones del valle en busca de la dicha, y vuelvo, abuela, convencida de que nada hay en el mundo comparable a dormir cuando se tiene sueño, beber cuando se está sedienta, y comer cuando se siente hambre. He dormido hasta acabar el sueño, he comido hasta saciarme y bebido hasta apagar mi sed. Ya nada ansío. Soy plenamente feliz.

Sonrió la abuela, no respondió, y volvióse a mirar á Maruja, bellamente desconocida con sus atavíos de gran señora. Y así habló la doncella de sonrosada piel y ojos parleros:

—Abuela: en el valle llamé á la puerta de un palacio, pidiendo en él albergue; que no me place a mí dormir á la intemperie, comer frutos al árbol ni beber agua en la

mano. Fuéme franqueada la entrada en el palacio del valle, y su dueña, poderosa dama, prendada de mi belleza, brindóme un lecho blando y suave como nido de palomas, y luego de un baño en agua perfumada, hízome vestir por sus doncellas,—en vez de mi camisa de lino y de mis sayas de burriel,—ropas albas y transparentes como las nubes de agosto, y vestidos floridos como los almendros en primavera. Luego quiso mi protectora mostrar mi belleza en fiestas y saraos. ¡Oh! ¡Abuela! ¡Abuela! ¡Qué de goces! ¡Qué de triunfos! Yo soy completamente dichosa, pues he sido adulada y envidiada; y he visto a mis pies rendidos de amor los hombres; y a ninguno he dejado besar mis labios ni tocar mi tez para que no la marchitaran. Nada hay que iguale a la dicha de sentirse bella y triunfante.

Calló Maruja y tomando un precioso espejillo de marco cincelado, que colgaba de una cadena de oro sobre su hueca falda de brocado, sonrió complaciente á su belleza rubia y a sus mejillas de suavísima pulpa, inmaculada.

Apartáronse las ramas de enebro que ocultaban a Mariana, y apareció ésta en la meseta, sonriente y luminosa en la plenitud de su robusta belleza.

—Yo he tenido sueño, hambre y sed, mas nunca dejé que se hicieran mis dueños. No me han tentado las joyas ni los triunfos, ni me he complacido en negar una felicidad a quien me la pedía. Yo he bajado al valle sintiendo la poesía de las cosas, y he hallado en esa poesía el Amor a la criatura. Por doquier, la he recogido yo, esa poesía, y por doquier, también, he sembrado Amor, sin que nadie supiera apreciar el tesoro de esta santa semilla.

Así he derramado amargas lágrimas...

Calló un instante Mariana y soltó de pronto la risa María.

—Tú estás loca, hermana, dijo. Has sufrido, has llorado, no has recogido más que desaires ¿y vuelves pretendiendo el tesoro de la abuela, reservado a la que haya sido la más dichosa? La anciana escuchaba a sus nietas, cruzadas las manos sobre el huso en reposo.

—Yo he saboreado la Poesía de la Naturaleza y de las lágrimas, que, como es Vida y es Deseo, es inagotable.

Una sonrisa compasiva plegó la boca acapullada de Maruja; y mientras arreglaba un pliegue de su toquilla, volvióse a la anciana.

—Abuelita ¿cómo va a pretender Mariana vuestro tesoro, si habla de deseos inagotables...?

Los ojos de la anciana miraban con fijeza a la nieta pequeña, cuya silueta espléndida en sus sencillas ropas de montañesa se destacaba sobre el fondo de oro del horizonte, como un camafeo de admirables líneas.

Pero Mariana no parecía oír la voz de sus hermanas, perdida, absorta la mirada en el revuelto océano de nubes purpúreas donde se hundía el sol, allá, a lo lejos.

De improviso, la voz de la anciana abuela resonó con extraña solemnidad en el plácido ambiente del crepúsculo.

—No, dijo. Ni tú, María, ni tampoco tú, Maruja, seréis dueñas de mi tesoro nupcial; que no es la felicidad esa saciedad que habéis experimentado.

Ilumináronse los ojos de Mariana al posarlos en la abuela.

—¿Cómo? ¿Es que comprendéis que yo soy la más dichosa?

—Sí, Mariana: eres la más dichosa de las tres, puesto que ellas ya nada desean y tú amas todavía.

—¡Es cierto, abuela!... Soy yo la más dichosa. Yo no he subido a estas cimas en busca del tesoro que guarda vuestro cofre nupcial; antes bien, yo os ruego que lo repartais entre María y Maruja. He venido a hablaros de la felicidad de amar, para luego volverme a las tierras

bajas, a vivir del tesoro que llevo dentro de mí, pues que nada hay en el mundo comparable a la dicha de sentir y de amar y de desear.

Y tras estas palabras, Mariana emprendió de nuevo su ruta hacia el Ideal, sonriendo a la Poesía del primer lucero que, delante de ella, parpadeaba en el sereno azul del atardecer.

CARMEN KARR

Pastoral ⁽¹⁾

Sinfonía N^o 6 de Beethoven

a) Allegro ma non troppo

¡Amado, ven que Aurora
ya descifró su manto
y el rojo sol colora
la flor del amaranto!

Ya trisca el corderillo
balando en la pradera,
y suena el caramillo
al pie de una ladera.

Ya lanzan los pastores
subiendo los alcores
sus cántigas tranquilas,
y allá por las montañas
despiertan las cabañas
al son de las esquilas.

¡Amado, ven! de aromos
te ofrendo una corona,
dos cándidos palomos
y frutos de Pomona.

Serán mis tiernos brazos
collar de rara hechura.

¡Amado, ven! sus lazos
te arrastren con ternura.

Crucemos los senderos
que aroman los romeros
y bordan dulces nidos;

y al pie de una fontana
la cálida mañana
pasemos adormidos.

Escena del río

b) Andante molto mosso

¿Recuerdas?... Junto a la orilla
de una plácida corriente
nació la historia sencilla
de este amor que el pecho siente.

Fué su preciosa ribera
cuna de nuestros amores
un día de Primavera,
duo de cantos y olores.

Junto al límpido cristal
tú exclamaste pasional
a mi oído:—¡tengo sed!

Yo hice cuenco de mis manos,
y mirando dos arcanos,
—tus ojos,—dije: ¡Bebed!

Sentí en mis manos la llama
de tu boca, y una queja
lancé, que avivó la llama
de tu mejilla bermeja.

Con amante desvarío
escuché tu triste ruego:
—¿Por qué no avisar que el río
arrastra en sus ondas fuego?

Y al ver en tus bellos ojos
señal de fieros enojos,
te dije sentimental:

—¡Límpio corría, mi amor,
pero un mago encantador
puso fuego en su cristal!

(1) Poesía premiada en los Juegos Florales de Badajoz (España).

Baile campestre

c) Allegro

Tomamos luego por la senda
que orlando van los abedules,
y de la bruma tenue venda
cubrió los ámbitos azules.

El grato son del caramillo
rasgó la húmeda cortina,
rozó arrayanes y tomillo
y ungió de aromas la colina.

Bellas zagalas y pastores
fueron llenando con rumores
de fiesta y danza los collados,
y por las gratas verdes lomas
como bandadas de palomas
se repartieron los ganados.

Al pie de un árbol todo flor
siguiendo al dulce tamboril,
los dos danzamos con primor
al son del aire pastoril.

Por admirar nuestra destreza
los pastorcillos y zagalas,
sobre sus rústicas cabezas
batió el Amor sus tenues alas.

Y yo celosa de mi bien,
ceñí coronas a tu sien,
besé tus ojos pertinaz.

Y al pie de lánguido abedul
que ornó la niebla con su tul
buscamos luego dulce paz.

La tempestad

d) Allegro

Se fué cubriendo de nubes pardas
la dura línea del horizonte
y al fin llegaron rotas y tardas
como cimaras del alto monte.

La obscura gruta de los zarzales,
la misteriosa, nos dió su abrigo,
mientras la lluvia con sus raudales
borró la senda del prado amigo.

Raudas cruzaron fuertes centellas
como cegante legión de estrellas
que se fundiesen por las alturas;
secos vibraron sus tableteos,
y hasta los zorros sus merodeos
abandonaron por su pavura.

—¿Oyes?—te dije con voz vehemente
—Si el rayo altivo necio intentara
ceñir de chispas tu hermosa frente,
imi brazo al punto lo aniquilara!

Si esa corriente ruda, espumante,
que llena indócil la torrencera,
tu deleitoso noble semblante
besar ansiara ¡yo la sorbiera!

Pues es la llama del amor mío
fuerte, más fuerte que el hondo río
brava, más brava que el ígneo rayo,
fiera, más fiera que tus enojos.
Mas, ¡ay! si brillan de amor tus ojos
ebrio de dicha yo me desmayo.

Canto de los pastores

e) Allegretto

Del viento y la lluvia cesó la contienda,
volaron las nubes en densos vapores
y un rayo de luna mostró blanca senda,
que hollaban risueños los rudos pastores.

Por ella seguimos, mi brazo en tu brazo
mi alma y tu alma formando una sola,
diciendo las preces que anudan el lazo,
de Amor, y nos bañan en férvida ola.

Del fondo del valle, galán pastorcillo
lanzó con ternura su canto sencillo
que alegres corean pastores amantes.

Tu voz fué siguiendo la grata cadencia,
miraste a mis ojos con dulce insistencia,
y un beso cambiaron las bocas tremantes.

Un pastor

¡Amor, amor traicionero,
yo me muerdo
por una zagala bella!
¿A qué extremar tus rigores
si de amores
no sabe mi dulce estrella?
¡Pon en su pecho la llama
que me inflama,
o quiebra tu fuerte vira!

Mal llevará por el vado
su ganado
pastor que llora y suspira.
¡Ay, zagala bella y fiera,
ven a los amantes brazos
del pastor que aquí te espera!

EMMA CALDERÓN Y DE GÁLVEZ
Cádiz, España, 1912.

Mujeres ideales

Hilda

Ninguno de los dramas de Ibsen presenta tan bien la lucha entre el pasado y el porvenir como *Solness el Arquitecto*. Dos figuras de mujer resplandecen en él: Hilda, que personifica la juventud, y Alina, símbolo exacto de aquellos seres que se agostan cuando les arrebatan las ilusiones con que se dormían allá en las tardes del pasado que se olvida.

Alina e Hilda al encontrarse juntas en casa de Solness trabajan por atraerlo: la una con los recuerdos de los ratos deliciosos pasados bajo el techo de la vieja casa incendiada; la otra, con las aspiraciones nobles representadas por la torre alta, altísima, con la cual el arquitecto corona el nuevo hogar que construye.

Aquella casa incendiada es el símbolo de las ideas añejas que pierden fuerza a medida que el hombre avanza en la ruta de la verdad y de la vida. Esa casa la llora Alina como lloran, sobre los escombros de una antigua doctrina, los espíritus débiles que no saben adaptarse a las exigencias del progreso humano.

Alina, junto con el viejo hogar,

llora la pérdida de sus primogénitos, dos niños cuya existencia se apagó pocos días después de haber visto la luz. Aquellos dos hijos son las obras que se basan en las antiguas tradiciones, se desmoronan y desaparecen cuando el alimento que les ofrece el pecho agotado de su madre no tiene valor nutritivo alguno.

Al pensar en aquella casa y en aquellos hijos la pobre mujer tiene razones para llorar: la nueva habitación nunca será igual a la antigua; en ella no puede vivirse mejor; siempre existirán allí el mismo vacío y el mismo desierto. En las nuevas sociedades el pasado no puede vivir sin nostalgia: le falta la luz macilenta de las tradiciones que narcotizan su existencia mezquina.

Alina no sabe hacer otra cosa que su deber; cumple con los deberes que no exigen sacrificios pero ante aquellas obligaciones que enaltecen atendiendo a la batalla moral que implican, se declara vencida sin atreverse siquiera a probar sus energías.

Cuando se la pregunta si está contenta porque va a vivir en la nueva casa responde con tristeza: Sí, debo estarlo porque ese es el deseo de mi marido.

Pocas palabras, es verdad, pero que en lo limitado del número nos presentan aquella mujer como una esclava de todos: es cierto, su deber es plegarse a la voluntad de su marido; renunciar a la propia iniciativa; es la mujer que no quiere emanciparse porque cree que es preferible vivir según el capricho ajeno a obrar según el propio criterio.

Alina no baja al jardín; tiene miedo, no es el mismo aquel por entre cuyas alamedas paseaban su padre y su madre; no quiere venir a coger flores porque las plantas que crecieron en un tiempo han sido reemplazadas por otras y porque en su viejo jardín construyeron nuevas habitaciones desde cuyas ventanas quién sabe cuantos ojos extraños y curiosos espían sus actos.

Aquel parque, aquellas flores y aquellas viviendas son el mundo con sus ideas y con sus obras. Los rutinarios no quieren bajar al mundo y codearse con los hombres de hoy, no vienen a deleitar su olfato con el perfume penetrante de las nuevas flores que son las ideas modernas cuyo desarrollo contemplan, desde las ventanas vecinas, muchos ojos extraños y curiosos: la opinión pública.

Es curioso observar que Alina no siente tanto la desaparición de sus hijos como la de los viejos retratos y los vestidos de sus antepasados que colgaban de los muros de la casa incendiada.

A la pérdida de los primeros se resigna porque «es nuestro deber someternos a los decretos de la pro-

videncia, dando siempre gracias al cielo por habernos honrado con su bendición o con su cólera».

Llora con amargura aquellas joyas y aquellas muñecas, principalmente aquellas muñecas con las cuales se distrajo en medio de la ingenuidad y de la ignorancia de los primeros años. Sus muñecas son, a no dudarlo, aquellas mentiras con que se ha distraído a la humanidad para que no buscara otros juguetes más apreciables. Sus muñecas son las creencias antiguas que ceden el lugar a los principios establecidos por la investigación constante de la inteligencia humana.

Así como Alina todas las mujeres tienen esas muñecas que se complacen en guardar hasta edad muy avanzada. Viven siempre con ellas: son la resignación con que sufren su esclavitud y la creencia en la preconizada inferioridad intelectual femenina.

Desde que Hilda aparece en escena se nota en ella el atrevimiento de quien es joven y tiene confianza en su porvenir. Llega alegremente, hace recordar a Solness los detalles insignificantes de la vida de hace diez años que aquel hombre había olvidado como olvidan todos los que viven apegados a la tradición, las palabras de luz que iluminan de cuando en cuando las oscuridades de sus conciencias.

Hilda, como la juventud, recuerda y ríe con sus recuerdos haciendo con ellos un castillo: sus ilusiones, que poco a poco, a fuerza de constancia se irán dibujando en los dominios de la realidad.

Ella no es como los pájaros del bosque que se esconden entre las hojas de los árboles para cantar; no es modesta como no es modesta la juventud cuando sabe que esas vir-

tudes hipócritas lo que hacen es apagar iniciativas y adormecer los ánimos enardecidos de quien tal vez podría llevar a cabo alguna acción de provecho para la humanidad.

Como la juventud, es orgullosa y, como ella, siente en su cerebro los nobles impulsos de la generosidad. Aconseja al constructor que dé una alegría a Ragnar y a su viejo padre moribundo enviándole sus dibujos y cediendo la ocasión de ejercer el propio talento a aquel joven dibujante que ha vivido a su sombra, sin poder gozar de la luz vivificante de la libertad en el trabajo.

En cada una de sus palabras encuentro a la juventud que habla con la vejez; ella representa aquella edad hermosa en que se sueña siempre y en la que se desea subir, subir muy alto a pesar de lo que diga el mundo en las historietas que acostumbra referir en voz baja.

Como los jóvenes es impaciente; no puede dejar para más tarde aquello que talvez tenga consecuencias inmediatas. Para dar la alegría al padre de Ragnar es preciso escribir una carta, pero es preciso no perder tiempo porque el pobre anciano puede morir esperando.

Hilda baja al jardín, recoge en él las flores de matices más delicados

y de perfumes más penetrantes; con ellas adorna su persona y se pasea tranquila por entre las alamedas del parque sin importarle nada las miradas curiosas de aquellos extraños que la espían desde las ventanas. Es la conciencia limpia que desafía con sus ideas nobles y sus sentimientos elevados a la opinión pública que siempre se oculta para arrojar sus fallos atrevidos sobre muchas cosas que no comprende.

Ella anima a Solness para que suba allá a lo alto de la torre que corona la nueva vivienda y lance al mundo desde arriba el canto hermoso de sus ideas y de sus intenciones. Quiere que suba porque subiendo es como se ennoblecen los cerebros que así se acostumbran a vencer el vértigo y con el vértigo las pasiones que se arrastran a los pies de los ricos y de los poderosos.

Hilda lo ve subir ansiosa y cuando el arquitecto cae, repite con orgullo: Llegó a la cima!... Mientras tanto se prepara para continuar su camino hasta encontrar al verdadero hombre fuerte capaz de resistir al vértigo que se siente en las alturas cuando se está a solas con los propios pensamientos.

LA DIRECCIÓN

Mi opinión

Voy a hablar de la mujer.

No hay otro ser en el universo que haya llamado más la atención de los sabios.

Con los volúmenes que sobre tema tan interesante se han escrito, podrían llenarse muchas bibliotecas.

Diderot, Buffon, Rousseau, Fénélon, Balzac, Castelar y tantas otras plumas autorizadas, han defendido o deprimido a la mujer, en el vasto palenque de las letras.

Hemos sido objeto las pobres mujeres de epigramas sangrientos, de chistes de mal gusto, y que de-

bemos acoger, arqueando desdeñosamente nuestros hombros.

Si el hombre se diera perfecta cuenta del respeto que debe a la mujer; si al insultarla se acordase de que tuvo una madre, una esposa quizás a quienes envuelve en la grosera urdimbre de sus desahogos, detendría un poco su agresiva pluma, que resuelve en veneno la hermosa substancia con que la mano traduce las exquisiteces del pensamiento.

La que sirve para cantar a Dios en la Naturaleza, para exteriorizar con la divina gama de la poesía los hermosos versos, para ensalzar la oratoria que avasalla, para esclavizar en el pentagrama a las siete hijas de Apolo, y por último, la que sirve para perdonar la vida ejerciendo su más noble empleo.

El hombre, dispuesto siempre a defenderse, ha tomado sus armas en la mano desde que la mujer, de medio siglo acá, ha ido evolucionando en el sentido de la instrucción, y, como el heliotropo al astro, se orienta con todas sus aptitudes a ampliar sus conocimientos, ejerciendo sus derechos de progreso humano.

El hombre, como rey de la creación, estaba acostumbrado a que sus mujeres vivieran sometidas a su capricho despótico de señor feudal, y, siendo el ser más soberbio de la tierra, se holgaba de sus derechos y abusaba de su fuerza.

Las mujeres, en aquel tiempo, tenían bastante que hacer—según su criterio—con disponer sabiamente los pliegues de sus rígidos vestidos, presentar sus cabelleras al peluquero, que ponía en ellas todo su arte, para organizar los ridículos y complicados peinados, y después, se parapetaban en sus cómodas pol-

tronas, con sus dedos enjovados, donde se creían felices ignorando lo que pasaba por el mundo, pues el libro, el periódico y la pluma, eran cosas extrañas para ellas.

La mujer del siglo xx no es ese tipo; es la compañera intelectual del hombre, le discute, le hace ver que ella piensa, concibe y crea, oficia en los altares de la ciencia y se instala en los laboratorios, en la tribuna, en la cátedra, en los hospitales, en la prensa, y el hombre, ávido de egoísmo, se ha puesto de pie en actitud retadora.

En el movimiento feminista que viene observándose de algunos años a esta parte, como síntoma de progreso, ley suprema de la humanidad, no sale el hombre muy bien librado, pues la mujer le ha demostrado que ella puede ponerse a su altura intelectual, a cambio de que él no puede igualársele en muchas cualidades.

Hablo, por supuesto, de la mujer que sabe aunar con delicadeza suma al talento sus dotes femeninas, que tanta superioridad le dan sobre el hombre, y no de la mujer mari-macho, permítaseme la palabra.

No acepto a las mujeres varoniles; por un fenómeno que no me puedo yo misma explicar, me sucede que, mientras más veo entrar en moda el funesto feminismo, me siento más femenina, más apegada a mis idealismos, y esto es debido, sin duda alguna, a la alta idea que tengo de la mujer.

Yo opino, que la misión que la Naturaleza, sabía en todos sus mandatos, ha dado a la mujer, no es la de imitar al hombre, pues si no ha de haber diferencia entre las manifestaciones de uno y otra, si ésta puede hacer *todo* lo que el hombre

haga, podemos dar por desquiciado el hogar, la decencia, el decoro, y tornaremos a la vida del caos, es decir, retrogradaremos en ese sentido, en el cual al fin hemos conquistado parte de nuestros derechos, puesto que el hombre trata hoy a la mujer como a su igual, cuando la considera como dama.

No hay que confundir en manera alguna la educación sólida y extensa de la mujer, con sus aspiraciones varoniles; no, la misión de la mujer en el mundo—de la mujer culta e ilustrada se entiende—sin descender de su delicadeza, sin confundirse con las formas masculinas, abarca un radio mayor de acción, si cabe, que el del hombre.

¿Quién perfuma el hogar, nido de amores. plumón caliente, paréntesis divino de la existencia que el hombre necesita, y es en su vida como el oasis al caminante que atraviesa el desierto, cuando después de la batalla diaria, en lucha abierta con el destino, viene a él rendido, fatigado, y encuentra en la deliciosa penumbra del nido una esposa buena, amante, unos hijos que con sus caricias de seda disipan las arrugas de su frente, todo esto en ese suave ambiente que se llama hogar, y que es el que nos ofrece la única felicidad verdadera en la vida?

Pues todo este encanto se disipa y huye, como la sombra de la luz, al ejercer la mujer los derechos del hombre.

¿Quién, por otra parte, dirige esa familia, quien forma el carácter, la educación moral, las creencias religiosas, quien vigila a la niña adolescente en el umbral de las pasiones, quién cuida al enfermo y quién por fin, mantiene vivo el fuego sagrado del templo, si la mujer legal al par que el marido, el padre o el

hermano, en busca solamente de satisfacer las apremiantes necesidades de la vida, para volver a la calle tan pronto sean atendidas éstas?

Se me argüirá: hay muchas mujeres que ayudan al hombre a llevar el peso de la familia con su labor; es verdad, y bien, no hace en ese caso más que lo que debe.

Porque la lógica se impone ante ese razonamiento, y vamos a probarlo. Dos seres se unen por amor; en todo hombre culto y delicado predomina el deseo de ser él quien se baste para proveer a su familia de lo necesario; esto es lo corriente y lo natural; pero este hombre se enferma, inutilizándose físicamente, o tiene un grave quebranto en sus intereses, o bien la suerte le fustiga, la desgracia le abate. ¿hace mal su compañera, que se ha unido a él por *Amor*, en ayudarle a llevar el pesado fardo de la vida, usando de los medios que ella pueda emplear? No, esta mujer cumple con su deber, y nada más. Ahora, yo entiendo, que puede la mujer dedicarse a ocupaciones múltiples en armonía con su idiosincrasia, sin perder su sello característico de dama culta y distinguida.

Mirando las cosas bajo otro aspecto, y valiéndonos de un dicho vulgar: «No toda madera sirve para trompos»; es verdad, no son todas las mujeres las que pueden descolgar en las ciencias y en las artes.

Por eso, no puede tomarse la labor de las feministas como un concepto universal; que se eleve la mujer que tiene alas propias, que sea un astro o forme en la divina constelación de estrellas del talento, tome el nombre de Isabel de Rumanía, madame Curie, Emilia Pardo Bazán, Isabel la Católica, Sor Inés de la Cruz, Jorge Sand... pero pre-

tender que todas sean profesionales *per se* o porque un derecho promulgado en una cámara así lo ordene, rijan y gobiernen a un pueblo al igual que los hombres, es un absurdo concebirlo, pues sería invertir la gran obra universal que, sin dar cuenta a la humanidad de sus decretos, ha puesto la luz en los astros, el genio en la frente de los elegidos, y el perfume en las flores.

La mujer verdaderamente superior no desea su emancipación legal del hombre, ni anhela sustituirle; con su inteligencia ha nacido libre ya, y es un error crasísimo el creerla sometida, cuando es ella la que impera por sus artes femeninas, por su exquisito ingenio, su intuición y su gracia; esta mujer tiene que brillar doquier exista, pese a quien le pesare, y mientras más inteligente sea, más huirá de ese intrincado laberinto que se llama cosa pública, y en el cual no necesita intervenir oficialmente, porque *interviene*, y ha intervenido siempre, en todos los tiempos y en todas las edades.

La mujer ha influido siempre en los destinos del hombre, desde la más remota antigüedad: detrás del trono, detrás del *portier* del despacho de un ministro, detrás del foro, hay una *bella* que constantemente mueve la pluma, o inclina la opinión del hombre al platillo de su balanza.

Pues siendo así que imperamos

en las conciencias, en todos los actos de la vida de los hombres, ¿para qué queremos responsabilidades, altamente embarazosas, si reinamos sobre ellos con los omnímodos derechos de la hermosura, de la juventud y del talento?

Al hombre le seduce lo prohibido, lo que no puede alcanzar, y cuando se codeara con la mujer en la calle, como su igual en las profesiones, se rompería ese encanto de ternura que le ata con lazos invisibles a nosotras.

Bien está San Pedro en Roma,

La mujer que se crea por eso esclava, tanto peor para ella; la que sepa que tiene un cerebro que piensa, una sólida educación que rige sus actos, y un corazón, sagrario de ternezas y de nobles sentimientos, esa, se sentirá siempre a la altura en que sus aptitudes la han colocado, y en su hogar, y en el mundo, será estimada y respetada como dama y como intelectual.

La que prefiera a inundar su espíritu de albas claridades, el limitado horizonte de sus mediocres aspiraciones, allá se las haya; las que amamos la franca claridad del progreso, podremos aspirar, puestas de pie en la cumbre más alta donde quiebre sus rayos el sol, y a pleno pulmón, el ambiente puro de las más elevadas regiones.

Es cuestión de temperamento.

LA HIJA DEL CARIBE

Cordelia

sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; cada número cuesta diez céntimos; toda suscripción empieza con el primer número. Para todo lo concerniente a suscripciones dirigirse a don Antonio Font, en San José.